

***El verano
en que
me
enamoré***

JENNY HAN

*El verano
en que
me
enamoré*



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Summer I Turned Pretty*

© 2009, Texto: Jenny Han

© 2011, Traducción: Marta Becerril Albornà

© 2012, 2019, Editorial Planeta S.A.- Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20853-2

Primera edición en formato epub en México: abril de 2020

ISBN: 978-607-07-6619-0

Primera edición impresa en México: abril de 2020

ISBN: 978-607-07-6620-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México -*Printed in Mexico*

Capítulo uno

Llevábamos conduciendo como unos siete mil años, o al menos eso parecía. Mi hermano Steven conducía incluso más despacio que la abuela. Yo estaba sentada en el asiento del copiloto con los pies en el tablero de mandos. Mientras tanto, mi madre permanecía inconsciente en el asiento trasero. Incluso dormida, parecía estar en guardia, como si se fuera a despertar en cualquier momento y ponerse a dirigir el tráfico.

—Más de prisa —le repetí a Steven mientras le daba un toque en el hombro—. Adelanta al niño en bicicleta.

Steven se encogió de hombros.

—No toques nunca al conductor. Y aparta tus sucios pies de mi tablero —dijo.

Sacudí un poco los pies. A mí me parecían bastante limpios.

—El tablero no es tuyo. Por si no lo sabes, pronto será mi coche.

—Si tramitas tu licencia algún día. A la gente como tú no se le debería permitir conducir —se burló.

—Eh, mira —dije señalando la ventanilla—. ¡Ese sujeto en silla de ruedas acaba de rebasarnos!

Steven me ignoraba, así que empecé a jugar con la radio. Una de mis partes favoritas de ir a la playa eran las emisoras de radio. Las conocía tan bien como las de casa y escuchar la Q94 me hacía sentir que había llegado de verdad, que realmente estaba en la playa. Encontré la emisora que más me gustaba, la única que ponía de todo, desde música pop, pasando por los clásicos, hasta hip-hop. Tom Petty cantaba *Free Fallin'* y yo entonaba a coro: «*She's a good girl, crazy 'bout Elvis. Loves horses and her boyfriend too*».

Steven alargó el brazo para cambiar de emisora y yo se lo aparté de un manotazo.

—Belly, tu voz hace que tenga ganas de hundir el coche en el océano —dijo Steven fingiendo dar un volantazo a la derecha.

Me puse a cantar aún más alto, despertando a mi madre, y ella también empezó a cantar. Las dos teníamos una voz terrible y Steven negó con la cabeza al estilo «Steven el indignado». No soportaba que lo superáramos en número. Eso era lo que más le molestaba del divorcio de nuestros padres, ser el único hombre y no tener a papá para ponerse de su lado.

Cruzamos la ciudad despacio y, aunque acababa de burlarme de Steven justamente por eso, en realidad no me importaba. Me encantaba ese viaje, ese momento. Ver la ciudad de nuevo, la Barraca del Cangrejo de Jimmy, el Putt Putt y todas las tiendas de surf. Era como volver a casa después de estar lejos mucho, mucho tiempo. Aquel momento encerraba un millón de promesas sobre lo que podía llegar a ser ese verano.

A medida que nos acercábamos a la casa, empecé a sentir un cosquilleo familiar en el pecho. Casi habíamos llegado. Bajé la ventanilla e intenté absorberlo todo. El aire sabía y olía exactamente igual que siempre. El viento que me enredaba el pelo, la brisa salada, todo era perfecto. Como si me hubiera estado esperando.

Steven me dio un codazo.

—¿Pensando en Conrad? —preguntó, burlón.

Por una vez la respuesta era no.

—No —espeté.

Mamá metió la cabeza entre los asientos.

—Belly, ¿te sigue gustando Conrad? El verano pasado parecía que había algo entre Jeremiah y tú.

—¿QUÉ? ¿Jeremiah y tú? —Steven puso cara de asco—. ¿Qué pasó entre Jeremiah y tú?

—Nada —repliqué a ambos. Empezaba a sentir como el rubor me subía por el pecho y deseé estar más bronceada para poder ocultarlo—. Mamá, solo porque dos personas sean amigos, no quiere decir que haya nada entre ellos. Por favor, no vuelvas a sacar el tema.

Mi madre volvió al asiento de atrás.

—Está bien —dijo para zanjar el asunto.

Pero, claro, Steven tuvo que insistir.

—¿Qué pasó entre Jeremiah y tú? No puedes soltar algo así y no explicarlo.

—Te aguantas —le contesté. Contárselo a Steven solo serviría para darle material en mi contra. Y además, tampoco había nada que contar. En realidad, nunca había habido nada que explicar.

Conrad y Jeremiah eran los hijos de Beck. Beck era Susannah Fisher, antes Susannah Beck. Mi madre era la

única que la llamaba Beck. Se conocían desde los nueve años; «hermanas de sangre» se llamaban entre sí. Y tenían cicatrices para demostrarlo, marcas idénticas en forma de corazón en las muñecas.

Susannah me contó que cuando nació supo que yo estaba hecha para uno de sus chicos. Dijo que era el destino. Mi madre, que normalmente no creía en esas cosas, dijo que sería perfecto, siempre y cuando hubiera tenido unos cuantos amores antes de sentar cabeza. En realidad dijo «amantes», pero esa palabra me provocaba escalofríos. Susannah me puso las manos en las mejillas y dijo:

—Belly, tienes mi más rotunda bendición. No soportaría perder a mis chicos por cualquier otra chica.

Habíamos ido a la casa de la playa de Susannah en Cousins Beach cada verano desde que era un bebé, incluso antes de que yo naciera. Para mí, Cousins no era tanto la ciudad como la casa. La casa era mi mundo. Teníamos nuestro propio tramo de playa para nosotros solos. La casa de verano estaba compuesta de muchos elementos distintos: el porche circular por el que solíamos correr, jarras de té helado, la piscina por la noche y los chicos, los chicos por encima de todo.

Siempre me pregunté qué aspecto tendrían los chicos en diciembre. Intentaba imaginarlos con bufandas moradas y suéteres de cuello alto, de pie con las mejillas rosadas frente a un árbol de Navidad. Pero la imagen siempre parecía falsa. No conocía al Jeremiah y al Conrad invernales, y estaba celosa de todos los que lo hacían. Yo tenía sandalias, nariz quemada por el sol, trajes de baño y arena. Pero ¿qué pasaba con las chicas de Nueva Inglaterra que podían hacer guerras de nieve en el bosque con ellos? Las que se arrimaban

mientras esperaban a que se calentara el coche, a las que prestaban sus abrigos cuando hacía frío fuera. Bueno, quizá Jeremiah sí. Conrad no. Conrad nunca lo haría; no era su estilo. De todos modos, no me parecía justo.

Me sentaba junto al calentador en clase de historia preguntándome qué estarían haciendo, si también se estarían calentando los pies junto a algún aparato en algún lugar. Contando los días hasta la llegada del verano. Para mí, era casi como si el invierno no valiera. El verano era lo que importaba. Mi vida entera se medía en veranos. Como si no empezara a vivir de verdad hasta el mes de junio, en esa playa, en esa casa.

Conrad era un año y medio mayor que Jeremiah. Era oscuro, oscuro, oscuro. Completamente inalcanzable, inaccesible. Tenía una especie de boca burlona y siempre me descubría a mí misma mirándola fijamente. Las bocas burlonas provocan que tengas ganas de besarlas, alisarlas y borrar la burla a besos. O quizá no... pero deseas controlarlas de algún modo. Hacerlas tuyas. Eso era justo lo que quería hacer con la de Conrad. Quería que fuera mía.

Jeremiah, en cambio, era mi amigo. Era bueno conmigo. El tipo de chico que todavía abrazaba a su madre, aún le daba la mano a pesar de que técnicamente era demasiado mayor para hacerlo. Tampoco lo avergonzaba. Jeremiah Fisher estaba demasiado ocupado divirtiéndose como para sentir vergüenza.

Apuesto que Jeremiah era más popular que Conrad en la escuela. Apuesto que a las chicas les gustaba más. Apuesto que si no fuera por el fútbol americano, Conrad no sería nada del otro mundo. Solo sería el Conrad silencioso y taciturno, no un dios del fútbol. Y eso me gusta-

ba. Me gustaba que Conrad prefiriera estar solo tocando la guitarra. Como si estuviera por encima de todas las estupideces de la vida en el instituto. Me gustaba pensar que si Conrad estudiara en mi instituto, no jugaría fútbol, estaría en la revista literaria y se fijaría en alguien como yo.

Cuando llegamos por fin a la casa, Jeremiah y Conrad estaban sentados en el porche delantero. Me incliné sobre Steven y toqué el claxon dos veces, lo que en nuestro lenguaje veraniego significaba: «Vengan a ayudar con las maletas, ya».

Conrad ya tenía dieciocho años. Acababa de ser su cumpleaños. Era más alto que el verano anterior, por imposible que parezca. Llevaba el pelo corto por las orejas y tan oscuro como siempre. No como Jeremiah, cuyo pelo había crecido y le hacía parecer un poco desaliñado pero en el buen sentido, como un jugador de tenis de los años setenta. Cuando era más joven, su pelo era rizado y amarillo, casi de color platino en verano. Jeremiah odiaba sus bucles. Durante una temporada, Conrad lo convenció de que las cortezas de pan ondulaban el pelo, así que Jeremiah dejó de comer la corteza de los sándwiches. A medida que Jeremiah crecía, su pelo se iba volviendo menos enortijado y más ondulado. Yo echaba de menos sus rizos. Susannah le llamaba su angelito y ciertamente lo parecía, con sus mejillas sonrosadas y los bucles dorados. Aún conservaba las mejillas sonrosadas.

Jeremiah hizo un megáfono con las manos y gritó:

—¡Steve-o!

Yo permanecí sentada en el coche observando a Steven acercarse a ellos y abrazarse como lo hacen los chicos. El aire olía húmedo y salado, como si fuera a llover agua de mar en cualquier momento. Yo fingía atarme las agujetas, pero en realidad solo necesitaba un momento para observarlos a ellos y a la casa, en privado. Era grande, gris y blanca, como la mayoría de las casas a lo largo de la carretera, pero mejor. Era justo como pensaba que una casa de la playa debía ser. Como un hogar.

Mi madre también salió del coche.

—¡Chicos, ¿dónde está su madre?! —gritó.

—Hola, Laurel. Durmiendo una siesta —respondió Jeremiah.

Normalmente salía volando de la casa en cuanto estacionábamos el coche.

Mi madre se acercó a ellos en tres zancadas y los abrazó, con fuerza. El abrazo de mi madre era firme y sólido como su apretón de manos. Desapareció en el interior de la casa con los lentes de sol en lo alto de la cabeza.

Salí del coche y me colgué la mochila en el hombro. Al principio no se fijaron en mí. Pero poco después lo hicieron. Conrad me echó un vistazo rápido, igual que lo hacían los chicos en el centro comercial. Nunca antes me había mirado así. Ni una sola vez. Sentí que volvía a sonrojarme como en el coche. Jeremiah, por otro lado, echó un segundo vistazo. Me miró como si no me reconociera. Todo ocurrió en unos tres segundos, pero pareció una eternidad.

Conrad me abrazó primero, un abrazo lejano, con cuidado de no acercarse demasiado. Acababa de cortarse el pelo y la piel de la nuca se veía nueva y sonrosada, como la de un bebé. Olía a océano. Olía a Conrad.

—Me gustas más con lentes —me susurró al oído.

Eso dolió. Le aparté de un empujón y dije:

—Pues lo siento. Los lentes de contacto han venido para quedarse.

Me sonrió, y esa sonrisa, simplemente, me llegó. Su sonrisa siempre lo conseguía.

—Creo que te han salido algunas nuevas —dijo, dándome golpecitos en la nariz. Sabía cuánto me acomplejaban mis pecas y siempre me fastidiaba.

En ese momento, Jeremiah me agarró y casi me levanta del suelo.

—Belly Button, has crecido mucho —cacareó.

Me reí.

—Bájame. Hueles a sudor —le dije.

Jeremiah soltó una carcajada.

—La misma Belly de siempre —dijo, pero se me quedó mirando como si no estuviera del todo seguro de quién era yo. Ladeó la cabeza y dijo:

—Estás distinta, Belly.

Me preparé para la broma que vendría a continuación.

—¿Qué? Llevo lentes de contacto. —Yo misma no estaba del todo acostumbrada a verme sin lentes. Mi mejor amiga Taylor llevaba desde sexto año intentando convencerme de que me los pusiera y por fin le había hecho caso.

—No es eso. Es solo que te ves diferente —sonrió.

Volví al coche y los chicos me siguieron. Lo descargamos de prisa y en cuanto terminamos, tomé mi maleta y la bolsa con los libros y me dirigí directamente a mi vieja habitación, el antiguo dormitorio de Susannah cuando era

niña. Tenía un papel tapiz estampado y descolorido y muebles blancos a conjunto. También había una caja de música que me encantaba. Al abrirla, aparecía una bailarina que giraba al ritmo de la canción de la película *Romeo y Julieta*, la versión antigua. Guardaba allí todas mis joyas. Todo lo que había en la habitación estaba viejo y desgastado, pero me encantaba. Sentía que podía haber secretos escondidos entre las paredes, en la cama con dosel y, especialmente, en la caja de música.

Después de volver a ver a Conrad y de que me mirara de esa forma, necesitaba un segundo para respirar. Agarré el oso polar de peluche del tocador y lo abracé con fuerza; se llamaba Junior Mint, Junior para los amigos. Me senté con Junior en la cama doble. El corazón me latía tan fuerte que podía oírlo. Todo era igual y a la vez no lo era. Me habían mirado como a una chica de verdad, no solo como a la hermana de alguien.

Capítulo dos

12 años

La primera vez que me rompieron el corazón fue en esa casa. Tenía doce años.

Fue durante una de esas raras ocasiones en que los chicos no estaban juntos. Steven y Jeremiah hicieron una salida de pesca nocturna con otros chicos que habían conocido en el salón de videojuegos. Conrad dijo que no le apetecía ir y, como siempre, yo no estaba invitada, así que nos quedamos solos él y yo.

Bueno, no precisamente juntos, pero sí en la misma casa.

Yo estaba leyendo una novela romántica en mi habitación con los pies apoyados en la pared cuando pasó Conrad. Se detuvo y dijo:

—Belly, ¿qué haces esta noche?

Escondí con prisas la cubierta del libro.

—Nada —respondí. Intentaba mantener una voz tranquila, ni muy excitada ni muy ansiosa. Había dejado la puerta de la habitación abierta a propósito, con la esperanza de que se acercara.

—¿Quieres venir al paseo marítimo conmigo? —preguntó. Sonaba despreocupado, casi demasiado.

Era el momento que había esperado toda mi vida y por fin era lo bastante mayor. Una parte de mí lo sabía, estaba lista. Le eché un vistazo, igual de despreocupada que él un momento antes.

—Puede ser. Quiero una manzana de caramelo.

—Te compraré una. Arréglate de prisa y nos vamos. Nuestras madres van al cine y nos llevarán —se ofreció.

Me levanté y dije:

—De acuerdo.

En cuanto salió Conrad, cerré la puerta y corrí hacia el espejo. Me deshice las trenzas y me cepillé el pelo. Ese verano lo tenía largo, casi hasta la cintura. Después me quité el traje de baño y me puse unos shorts blancos y mi camisa gris favorita. Mi padre decía que hacía juego con el color de mis ojos. Me embadurné los labios de brillo de fresa y me guardé el tubo en el bolsillo, para después. En caso de que necesitara retocarlo.

En el coche, Susannah no dejaba de sonreírme por el retrovisor. Le eché una mirada que decía: «Detente, por favor», pero yo también tenía ganas de sonreír. No era que Conrad prestara demasiada atención, se pasó todo el viaje mirando por la ventanilla.

—¡Que se diviertan! —dijo Susannah guiñándome el ojo mientras cerraba la puerta.

Conrad me compró la manzana de caramelo y él solo se compró un refresco; normalmente se comía una o dos manzanas o un *waffle*. Parecía nervioso, lo que hizo que yo me sintiera menos intranquila. Mientras paseábamos, dejé un brazo libre, por si acaso. Pero no me dio la mano. Era una

de esas noches perfectas de verano, con brisa fresca, pero sin una gota de lluvia.

—Vamos a sentarnos para que pueda comerme la manzana —dije. Y así lo hicimos.

Nos sentamos en un banco frente a la playa.

Mordí la manzana con cuidado; me preocupaba que me quedara caramelo pegado entre los dientes, y entonces ¿cómo iba a besarme?

Sorbió su refresco haciendo mucho ruido y después miró al reloj.

—Cuando termines, vamos a la caseta de los aros.

¡Quería ganar un animal de peluche para mí! Yo ya sabía cuál elegir, el oso polar con las gafas de metal y la bufanda. Llevaba todo el verano echándole el ojo. Ya me imaginaba a mí misma enseñándoselo a Taylor. «Ah, ¿eso? Conrad Fisher me lo regaló».

Engullí el resto de la manzana en dos mordiscos.

—Bien —dije mientras me limpiaba la boca con el dorso de la mano—. Vamos.

Conrad fue directamente a la caseta y yo tuve que andar muy rápido para poder seguirlo. Como de costumbre, no hablaba demasiado, así que empecé a hablar yo para compensar.

—Creo que cuando volvamos, mi madre instalará por fin televisión por cable. Steven, mi padre y yo llevamos tiempo intentando convencerla. Dice que está en contra de la televisión, pero cuando estamos aquí ve las películas del canal A&E todo el rato. Es tan hipócrita —dije y mi voz se fue apagando cuando comprendí que Conrad no me escuchaba. Estaba mirando a la chica que trabajaba en la caseta.

Debía de tener unos catorce o quince años. Lo primero que me llamó la atención fueron sus shorts. Eran de color amarillo canario y muy, muy cortos. El mismo tipo de shorts que los chicos habían usado de excusa para burlarse de mí dos días antes. Me había sentido muy bien mientras compraba los pantalones con Susannah, pero los chicos se habían reído de mí por su culpa. Los shorts le sentaban mucho mejor a ella.

Tenía las piernas delgadas y llenas de pecas, igual que los brazos. Todo lo tenía delgado, incluso los labios. Tenía el pelo largo y ondulado. Era pelirrojo, pero de un tono tan claro que era casi de color melocotón. Creo que tenía el pelo más bonito que había visto en mi vida. Lo tenía recogido a un lado y era tan largo que tenía que ir apartándolo a medida que entregaba los aros a los clientes.

Conrad había ido al paseo marítimo solo por ella. Me había llevado porque no quería ir solo ni que Steven o Jeremiah lo fastidiaran. Aquella era la única explicación. Lo pude ver por cómo la miraba, por la forma en la que aguantaba la respiración.

—¿La conoces? —pregunté.

Dio un respingo, como si hubiera olvidado que yo estaba allí.

—¿A ella? No, la verdad es que no.

—¿Y bien, quieres? —Me mordí el labio.

—¿Si quiero el qué? —Conrad estaba confundido, lo que resultaba irritante.

—¿Quieres conocerla? —pregunté impaciente.

—Supongo.

Lo agarré por la manga de la camisa y lo arrastré a la caseta. La chica nos sonrió y yo le devolví la sonrisa pero

solo para mantener las apariencias. Llevaba *brackets*, pero en ella ofrecían un aspecto interesante, como si fueran joyas para los dientes y no piezas de ortodoncia.

—Queremos tres —le dije—. Me gustan tus shorts.

—Gracias —respondió.

Conrad se aclaró la garganta.

—Son bonitos.

—Pensaba que habías dicho que eran demasiado cortos cuando me puse unos exactamente iguales hace dos días.

—Me giré hacia la chica y le dije—: Conrad es tan sobre-protector. ¿Tienes algún hermano mayor?

—No —se rio y le dijo a Conrad—: ¿Te parecen demasiado cortos?

Él se sonrojó. Era la primera vez que lo veía así. Miré el reloj de forma exagerada y dije:

—Con, voy a subirme a la rueda de la fortuna antes de que nos marchemos. Gana algún premio para mí, ¿sí?

Conrad asintió, me despedí de la chica y me marché. Fui hasta la rueda de la fortuna lo más rápido que pude para que no me vieran llorar.

Tiempo después supe que la chica se llamaba Angie. Conrad acabó por ganarme el oso polar con los lentes de metal y la bufanda. Me dijo que Angie le había dicho que era el mejor premio que tenían. Dijo que creyó que me iba a gustar. Yo le respondí que habría preferido la jirafa, pero que gracias de todos modos. Lo bauticé Junior Mint y lo dejé en el lugar al que pertenecía, la casa de verano.